

J. Conangla Fontanilles

Un gran filósofo y humanista chileno



LA EDITORIAL NASCIMENTO, de Santiago de Chile, acaba de publicar, en segunda edición, uno de los libros más excelentes de que pueda gloriarse el pensamiento latinoamericano: se titula *De lo espiritual en la vida humana* y es original del sabio, filósofo y sociólogo Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción, autor de una veintena de obras que le han conquistado la más alta categoría junto a los pensadores pretéritos y actuales de justo renombre en América.

La vigorosa y concienzuda personalidad intelectual del doctor Molina se revela en cada una de sus producciones. En todas se hallan, exquisitamente ponderados, el talento, la justeza de comprensión y la aguda intuición con que el lúcido filósofo y humanista chileno sabe enfocar, examinar, considerar y deducir atinadas lecciones sobre los complejos temas escogidos para sus estudios.

La simple enunciación de las obras de Enrique Molina señala ya las profundas inquietudes del insigne pensador, en busca del sentido más hondo, puro y trascendente de los problemas que mayor relación tienen u ofrecen con los misterios de la vida. Por ejemplo: *La filosofía de Bergson*, *Por los valores espirituales*, *Proyecciones de la intuición*, *La herencia moral de la filosofía griega*.

Pero donde las potencias filosóficas del Dr. Molina brillan con mayor intensidad es en *De lo espiritual en la vida humana*. Las facultades creadoras del autor: certera perspectiva mental, insuperable claridad y elegancia de estilo, se enlazan y armonizan con acierto tan delicioso, en las páginas de esa obra, que la convierten en una bellísima producción literaria, además de responder plenamente a lo que el autor se propuso al escribirla: una defensa vibrante, entusiasta, de los principios espirituales y del humanismo integral, frente a las cuestiones turbulentas del mundo material y económico.

Comienza por revisar y estudiar el sentido de la vida humana, no en cuanto a las funciones meramente fisiológicas, sino como ejercicio de la razón o de la actividad creadora, productos del enigma espiritual y de su derivante complementaria, igualmente misteriosa y maravillosa: la conciencia.

Discurre luego en torno a estas realidades subjetivas, con encantadora sencillez, con observaciones y argumentos asequibles a todo lector inteligente. Y lo mismo al exponer el proceso epistológico, como al definir las diversas teorías de los más famosos pensadores de todos los tiempos conocidos, sobre los problemas esenciales de la vida y de la evolución en el orden espiritual, lo hace de manera ajustada y convincente, sin incurrir jamás en alardes innecesarios de erudición ni de polémica, sin valerse tampoco de lucubraciones abstrusas (recurso socorrido de simuladores presuntuosos y de simples cocteleros de opiniones ajenas).

Por deducción juiciosa y serena de su austeridad mental, Molina no se deja influir por ninguna interpretación de supuesta verdad dogmática o absoluta, en el orden filosófico ni en cualquier terreno de los dominios intelectuales. Cumple su noble afán con propio esfuerzo y con responsabilidad propias, consciente de las limitaciones relativistas inseparables de todo estudio sobre cualquier preocupación del espíritu.

Pero si de sobra conoce que la caducidad amenaza las creaciones humanas, también está convencido que de éstas, entre las mejores, va quedando una esencia: la cultura; y que a todo espíritu anheloso

le corresponde el deber de “examinar si en el decurso de los siglos hemos de hallar un progreso o no, y sustraer de la turbia corriente los valores que más convengan a un mejor destino”.

En la observación anterior enlaza Molina el juicio que le merece el tema del Progreso y la función elevada que a este concepto le asigna, siempre que no se le quiera mantener exclusivamente “en el plano social y político, donde tanto se ha abusado de él y se le ha vulgarizado; sino a condición de mirarlo como uno de los modos por donde el hombre llega a la realización de su vida espiritual”, mediante el reconocimiento de valores tradicionales.

Y aun amplía su convicción ideal sobre el Progreso, después de confrontarla con pareceres optimistas y pesimistas de grandes pensadores, aclarando luminosamente dónde, a su entender, radica el más apreciable valor del progreso, ya se trate de invenciones, de adelantos materiales o de ideas novísimas. Es menester, declara, que esa invención, ese adelanto material o técnico, esa idea nueva, “sirvan para el bien, que sus aplicaciones tengan valor moral y social”, o sea, que contribuyan al mejoramiento de las relaciones entre los hombres, objetivo muy difícil de lograr sin el perfeccionamiento de las almas y el aumento de poder humano y humanitario, en el conocimiento y dominio de la naturaleza.

No repudia Molina, sin embargo, los factores económicos, en la vida humana, y hasta coloca las necesidades de esta clase, entre las primeras; pero niega que sean las únicas, en oposición a lo que pretenden los fanáticos del determinismo marxista. A lo más, estos factores no pasan de ser y de servir tan sólo como medios para la persecución, obtención y satisfacción de ideas, propósitos o fines netamente espirituales.

¿Cómo no convencerse, viene a decir, de que no hay para el hombre objetivo más cimero que el de inspirarse en los dictados de la bondad, del amor y de la justicia, que hacen llevadera la vida común? ¿Cómo no convencerse de que las discrepancias de cualquiera especie deben apartarse para no perturbar el ejercicio de esas normas a la vez positivas y sagradas? He aquí por qué en el cultivo de estos

ideales, a juicio de Molina, y a la propagación apostólica de los mismos, en todos los grupos y colectividades humanas, debiera orientarse la función educativa, animadora de todo progreso genuino.

Cuanto antecede resume, a grandes rasgos, los primeros capítulos de la apasionante apología *De lo espiritual en la vida humana*. Pero con ser tan sugestiva la primera parte, aumenta en la segunda su interés y ofrece motivos, a menudo, de que se exalten el entusiasmo, la simpatía, la gratitud y la admiración del lector, por las consoladoras enseñanzas y el estimulante optimismo que de esas páginas emergen.

* * *

Entra de lleno en el estudio del espíritu y se pregunta: “¿Qué es el espíritu? ¿Una substancia, una causa, una función, una nueva palabra acaso, o una consecuencia sin substancia de las actividades de la vida?” Las principales formas, inciertas y positivas a través de las cuales se revela ese personaje ubicuo del drama universal, son captadas y descritas exactamente por la visión intuitiva y por la palabra fluida del autor.

Paso a paso, el examen de los diversos sentidos que por los filósofos o por el vulgo se asigna a la palabra espíritu, le sirven a Enrique Molina para esclarecer más y más el vago contorno de esa fuerza o sustancia imprecisa, “aliento de los vivos y el ánima de los muertos”. Por algo, observa, espíritu y alma son expresiones sinónimas, en gran parte de su significado.

Pero al margen de especulaciones metafísicas, con percepción filosófica tan sutil como genial, descubre Molina en qué consiste la diferencia probable entre espíritu y alma. Por ello, sencillamente, opina que es más propio referir las cosas de la inteligencia al espíritu; y las de los sentimientos, al alma. ¿Pueden ofrecerse explicación y definición más inspiradas y luminosas de ambas locuciones, tan a menudo usadas y confundidas como sinónimas?

Justifica, además, su aguda opinión, con estas observaciones complementarias, bien convincentes: "Así cabe decir: lo siento con toda el alma, y no sonaría bien lo siento con todo el espíritu. Y, al revés, se puede hablar del espíritu de fineza, espíritu de sutileza; y resultaría casi un despropósito referirse a una alma de sutileza". Aún cuando hay casos, agrega, en que no cabe hacer la distinción; como cuando se habla, con igualdad de sentido, de alma divina y de espíritu divino.

Con engarce de exquisitas especulaciones, entra Molina en pleno estudio de las teorías y doctrinas concernientes al espiritualismo, a partir de la concepción védica de un espíritu universal, único, incorruptible y eterno, del cual las almas humanas no serían más que múltiples chispas de la misma esencia. Relaciona aquella concepción ontológica, índica o brahmánica, con derivaciones más o menos congruentes de sistemas filosóficos sucesivos.

Estudia luego las diferencias más notables que ofrecen entre sí las opiniones respectivas de los grandes filósofos antiguos y modernos, sobre el tema espiritualista; sobre el entronque de éste con las teorías de neointuicionismo. Y adentrándose cada vez más resueltamente en el fondo de su propósito, discurre con amplitud y con maestría insuperable acerca de las relaciones vitales entre lo material y lo espiritual; en torno a los errores, problemas y conflictos que en las jurisdicciones de unas y otras realidades surgen, se agravan y estallan, muchos de los cuales podrían sin duda evitarse o conciliarse, por medio de transigencias recíprocas y de soluciones equitativas.

Páginas admirables, de gran influjo aleccionador, consagra Molina al análisis de estas cuestiones, hondamente arraigadas a lo más subjetivo de la vida humana, tanto individual como social y múltiple. De una parte, el ejercicio y las regulaciones de la libertad; el cultivo del carácter; el respeto a los derechos justos y a los valores esenciales en la convivencia civilizada; la exaltación de las virtudes morales y cívicas; la dignidad de todo trabajo hecho con devoción y amor; la superioridad del ascetismo sin exageraciones sobre la vida frívola. Y de otra parte, las demasías y extralimitaciones del Estado

y de los gobernantes en general, especialmente en los regímenes totalitarios; los errores, los vicios y la subversión de la democracia; los desmanes de la demagogia; los resultados funestos, fatalmente retardatorios, del revolucionarismo sistemático.

Sobre todas estas contingencias, resortes y fenómenos del misterio corporal y espiritual humano, traza el Dr. Molina, en el edificante libro que nos ocupa, sutilidades dialécticas primorosas, críticas y lecciones insuperables, de gran virtud educadora.

Pero donde el talento reflexivo y las luces intuitivas del profundo filósofo chileno se exultan con mayor vehemencia, es al proclamar no ya los derechos inmanentes y la supremacía de los valores espirituales por encima de lo fugaz y marcesible de los materiales, sino al reconocer la perennidad, la inmortalidad de los designios espirituales en la vida y en la evolución de la especie humana.

Acerca de la indestructibilidad sustancial de los valores espirituales, señala Molina que "los hechos pueden contrariarlos, los contrarían en efecto muy a menudo, y no por esto dejan de existir. Dictaduras, opresiones, revoluciones y guerras pueden ocultarlos y hacerlos desaparecer momentáneamente, pero se mantienen y vuelven, clamando por que se les oiga".

Corolario optimista de tan profundos y educadores conceptos es la excitación fervorosa de que se cuide intensamente, integralmente, lo relativo en general a la Cultura, tanto en las personas individuales como en los agregados colectivos (sociales o nacionales), y tanto en el orden material, técnico o económico, al servicio del bien, como en el orden moral; cuidando siempre de mantener armonizadas las dos valoraciones, las externas y las internas, y de que nunca se apague, por encima de cualquier interés o estímulo determinados, la llamada espiritual que es la iluminadora y orientadora de las vidas humanas hacia el mejoramiento evolutivo de las civilizaciones, en todos sentidos.

Y es claro que, dentro de estos respetos esenciales, la cultura, los valores sustantivos de la cultura, infunden en quien los ejercita verdaderas ansias humanísticas, y lo sustraen de mezquindades cotidia-

nas, de vanidades tontas, de ambiciones ilegítimas, de intolerancias y prejuicios irracionales, de odios y de venganzas salvajes, de incomprendimientos, de fobias y de toda especie de instintos perversos (tanto en los gobernantes como en los gobernados), contra el orden, la justicia reguladora, la confraternidad y la convivencia civilizada.

Si carece de este sentido humanista, de esta esencia espiritual, de esa chispa divina, la cultura no puede conducir al adelanto interior, a la inteligencia y a la estimación recíproca entre personas humanas. He aquí la excelsa lección que surge del libro magistral de Enrique Molina; lección adaptable no sólo a sus alumnos, sino en especial a todos los pueblos de Hispanoamérica.

Este noble apostolado, estas exhortaciones cálidas en pro de la cultura ética, le inspiraron al profesor Molina otro libro no menos admirable, su *Confesión filosófica y llamado de superación a la América Hispana*. En las páginas de esa Confesión se exponen, con ciertos enfoques, algunas de las realidades más lastimosas y funestas del poco respeto en que se tienen los valores y las normas espirituales; y se exalta la urgencia de trabajar sin descanso en la suprema aventura de buscar y conseguir, por ese salvador camino, la verdadera liberación y la efectiva unidad americana.

Tanto los dos libros recientes del Dr. Molina, como el conjunto de sus creaciones, merecen, sin duda, algo más que unos sencillos y entusiastas comentarios. Con ese caudal de oportunísimas y valiosas enseñanzas, el doctor Molina se hace acreedor a un homenaje colectivo de reconocimiento, por parte de la intelectualidad interamericana; ya que nuestro continente puede sentir bien legítimo orgullo por contar, entre sus pensadores actuales más destacados, con este filósofo y humanista insigne, el cual, si hubiese nacido en el Viejo Mundo, se hubiera hecho acreedor por sus obras, especialmente por su apología *De lo espiritual en la vida humana*, a la admiración y la fama internacionales, tanto de las generaciones estudiosas coetáneas como de las futuras.

(Del "Repertorio Americano", La Habana, 1947).